

¿QUÉ

Coordinado por
JOSÉ LUIS CELADA

LAICOS?

Siguiendo con la idea de aproximarnos a los diferentes colectivos que integran el Pueblo de Dios, iniciada el pasado mes de febrero, cuando medio centenar de opiniones trazaban el perfil del obispo soñado (VN, nº 2.601), les ha tocado el turno ahora a los laicos. Ante la proximidad del Día del Apostolado Seglar (11 de mayo, solemnidad de Pentecostés), diez reconocidas firmas comparten en estas páginas sus reflexiones respondiendo a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué lugar ocupa hoy día el laico en el seno de la Iglesia española?
2. ¿Qué espera el laico de la Iglesia? ¿Y viceversa?
3. ¿Por dónde pasa el futuro de la presencia y contribución del laico en la vida eclesial?

De la Iglesia para el mundo



JOAN PIRIS

Obispo de Menorca

1. Se ha avanzado mucho en cuanto a presencia y participación del laicado, pero el problema sigue siendo su funcionalidad real (los laicos parece que siguen siendo más ejecutores que "sujetos" de las decisiones). Laicos y clérigos las más de las veces nos sentimos insatisfechos de los niveles de confianza y de las responsabilidades que se asumen y/o con qué autonomía se asumen (si se tiene o no formación para encargarles algo o para que ellos lo acepten...). Los clérigos decimos desear que los laicos pasen de "colaboradores" a "corresponsables", y hay muchos laicos que aspirarían a eso, y sería justo y positivo para todos. Pero llevamos años (¿siglos?) de una Iglesia y una pastoral muy "clericalizada" (por necesidad o por inercia), y hay que aceptar que queda mucho camino por hacer y no siempre sabemos cómo hacerlo.

Quizá hemos de ser todos más capaces de acoger y valorar las diferencias, que pueden favorecer la complementariedad y el mutuo enriquecimiento, afrontando juntos los problemas, sin evitar la discusión recurriendo a la 'obediencia' o a la imposición. Porque la inmensa mayoría compartimos las adquisiciones conciliares sobre el deber y el derecho de los laicos al apostolado, derivados de su unión sacramental con Cristo Cabeza. Podríamos decir que nos sabemos la letra, pero falta "la música"... Aun así, damos gracias a Dios porque sigue importando mucho hallar formas de verdadera "participación" laical y experiencias de complementariedad eclesial entre grupos y sectores. De todos modos, en niveles menos intraeclesiales, también parece muy escasa la voz significativa de los laicos. No faltan testimonios aislados, pero la voz que más suena para iluminar y/o

regenerar a la luz del Evangelio los problemas sociales, culturales..., no es laical. Sin negar que los Pastores podemos y debemos intervenir a veces, los seglares -la mayoría del cuerpo eclesial- no llevan la voz cantante.

2. Espero y deseo que la 'distancia' que parece reflejar la pregunta sea cada vez menos sentida y tenga el mínimo fundamento objetivable. El hecho de contraponer 'laico' e 'Iglesia', solicitando señalar qué espera uno de otra y viceversa, me resulta doloroso (aunque, por desgracia, existe esa mentalidad y lenguaje).

Lo que todos esperamos es acogernos con benevolencia, aceptando con gozo las diferencias, porque el Espíritu ha repartido muchos dones a todos. Se trata de que estos dones y carismas de todos tengan su lugar y se realicen plenamente en bien de todo el cuerpo, subordinando todo y a todos al bien común y a los intereses del conjunto. La unidad en la Iglesia es un don que hay que pedir cada día, pero contribuiría a ello poder manifestar más nuestros pareceres, aun a costa de discutir. Tenemos mucho miedo al "disenso" porque puede provocar divisiones que nadie quiere, pero nos molestan los silencios que tratan de evitar posibles enfrentamientos. Será preciso tener la valentía de hablar, aun a riesgo de "pasarse" en algo. Para eso está el discernimiento comunitario. Quizás haya muchas explicaciones para el alejamiento práctico de muchos laicos o el cansancio de otros que han decidido mirar a otro lado desistiendo de esperar una renovación que no acaba de llegar. Bastantes cristianos están "de vuelta" y son más críticos... Tienen derecho a esperar y a hallar en la Iglesia lo que a todos nos gustaría: vivir más y mejor el gozo de la fe y el amor compartido... También ellos son llamados a procurarlo (desde dentro) junto a quienes tratamos, con infidelidades, de seguir a Jesús. Todos hemos de tener (y promover) más conciencia de pertenencia a la Iglesia Particular, a la Diócesis presidida por el Obispo, sucesor de los Apóstoles, en comunión con el sucesor de Pedro.

Por tanto, con conciencia de "miembros vivos" de esa parte de Iglesia próxima a nuestra vida de cada día, en cuya vida comunitaria nuestra Fe nace, crece, se alimenta... acompañados y presididos por pastores que actúan en nombre del Obispo diocesano y en comunión con él.

3. Pasa por una vida cristiana más 'vigorosa' y lo más coherente posible: hay que insistir en la radicalidad evangélica del seguimiento de Jesús. Los valores evangélicos que parecen patrimonio de "los consagrados" son comunes, y todos estamos llamados a vivirlos en las circunstancias propias. Todos los cristianos debemos sentirnos invitados a conocer a Jesucristo, a creer en Él, a descubrir la Iglesia como Cuerpo y Signo de Cristo, a conocer y adorar al Dios de la salvación y vivir según su voluntad. Y esto es, además, inseparable de la 'misión', ya que todo cristiano es 'enviado' al mundo a anunciar de palabra y de obra el Reino. La vocación cristiana es esencial y radicalmente apostólica, y su fuente es Jesucristo. Presencia y coherencia en ámbitos concretos: familia y amigos, medios, ejercicio de la responsabilidad política y profesional, educación y enseñanza, trabajo, mundo de la pobreza... Presencia que hoy ha de ser confesional y sin ambigüedades (preferentemente 'eclesial', comunitaria...), encarnada con mediaciones estructurales o no, siempre como levadura en la masa, creando espacios donde sea posible intervenir como ciudadanos y creyentes para opinar y actuar desde la fe en "todos" los ámbitos de la vida eclesial y social. Todo esto hace necesaria una renovación espiritual y eclesial de cristianos, comunidades y parroquias. Hace años que hablamos de parroquia misionera, de pastoral evangelizadora, pero apenas han variado los métodos y aspiraciones. Es básico cuidar la dimensión orante y celebrativa de la vida cristiana junto con la necesidad de formación, la presencia visible y el servicio testimonial. Y recuperar la esperanza, testimoniando la fe con más gozo, entusiasmo y determinación. Una fe que se propone y

nunca se impone, pero que no puede ser anunciada desde el miedo, la duda o el silencio vergonzante. Y todo ello amando el tiempo que nos toca vivir, en actitud permanente de discernimiento y esfuerzo responsable para multiplicar lo bueno, sin evadirse en un pasado que ya no nos pertenece o un futuro que aún no existe, aunque abierto a nuestra creatividad.



ANTONIO CARTAGENA RUIZ

Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar

1. Para una aproximación y respuesta lo más exacta posible a la cuestión, conviene recordar la mentalidad que se tenía del laico hasta el Concilio Vaticano II. A grandes rasgos, el laico era objeto pasivo de la atención de la Iglesia: recibía los sacramentos, colaboraba con el apostolado jerárquico, a quien correspondía la evangelización, etc. La constitución *Gaudium et Spes* hace una definición positiva del laico que, "en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde" (n. 31). El cambio es total, son sujetos activos de la única Iglesia, aunque con funciones diversas del orden sagrado y del estado religioso. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. Por tanto, los laicos no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son Iglesia, y a ellos corresponde la iluminación del ser del hombre, a partir del misterio de Jesucristo, como misión propia en el mundo. Es evidente que el Concilio Vaticano II forzó a la masa católica española a aceptar unas orientaciones para las que no estaba preparada. Hoy se ha avanzado mucho tanto en el clero como

en el laicado en la toma de conciencia del papel de cada uno, si bien es cierto el peligro, que hay que evitar, de considerar lo sagrado ligado al clero, relegando a los laicos a lo secular. Téngase en cuenta que han pasado pocos años desde el Vaticano II, y las inercias son muy resistentes, pero ciertamente se camina en esa dirección, véanse si no los laicos responsables en la enseñanza, la catequesis, el mundo de la salud, pastoral penitenciaria, laicos atendiendo en gran número en las 23.060 parroquias, etc. Hay que dejar constancia de la creciente participación de los laicos en las estructuras de consulta, corresponsabilidad y coordinación, a través de los Consejos de Pastoral, Consejos de Laicos, Consejos diocesano de Acción Católica, principalmente. Y, hay que reconocer la cantidad de laicos encuadrados en los llamados movimientos laicales, movimientos de espiritualidad, 'nuevos' movimientos, realizando la tarea específica de la Iglesia, el anuncio de Jesucristo, la evangelización, acentuando en esta tarea algunos carismas propios. El asociacionismo en la Iglesia es bastante rico y variado, la Conferencia Episcopal Española tiene aprobadas 84 asociaciones de ámbito nacional y 28 de ámbito internacional, que colaboran en las diócesis, y que se relacionan directamente con la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (CEAS). Lo cual, siendo mucho, es insuficiente para las necesidades planteadas.

2. Lo espera todo en orden a su vocación y misión, especialmente esperan de sus pastores que les ayuden a ser más fieles cristianos cumpliendo con ellos rectamente su oficio de enseñarles, santificarles y gobernarles, a ejemplo del Buen Pastor, para que ellos, los fieles, por su parte, unidos a su Obispo como la Iglesia a Jesucristo, y como Jesucristo al Padre, para que todas las cosas se armonicen en la unidad y crezcan para gloria de Dios (LG, 27). Esto requiere por parte de los laicos una formación cristiana madura que integre todas las dimensiones del ser cristiano, un encuentro personal vivo y enamorado de Jesucristo que le lleve a poseer una espiritualidad cristiana que

emana del Bautismo y de los sacramentos, para tener una presencia en la sociedad y en sus diversos ambientes que testimonie fehacientemente su fe en Jesucristo y su Evangelio. La Iglesia espera del laicado una identidad cristiana desideologizada y sin hipotecas, comprometida en la misión evangelizadora, allá donde más se necesite. Que viva su dimensión eclesial participando, amando y entregándose decididamente a su diócesis y parroquia. Que atienda el clamor de los pobres y necesitados. Vivencia comunitaria que haga visible su fe y la de la Iglesia. Que busque espacios de encuentro y creación de minorías creativas, para manifestar siempre que otra forma de vida es posible y que el amor es la esencia del cristiano. El planteamiento no puede reducirse a guetos, sino que hay que buscar aquellos lugares y ambientes donde es más urgente y necesaria la presencia pública de los cristianos y de la Iglesia, como tal.

3. Por la fidelidad constante a su misión: signo de la Iglesia en el mundo. Evitar debates estériles sacerdocio-laicado, pues en la medida en que el sacerdote vive más su sacerdocio, el laico vive más su secularidad. Ambos no son alternativos, sino complementarios de una misma y única misión. Hay que rogar al Padre que envíe obreros a su viña. Hay que hacer más posible el ejercicio de una verdadera "corresponsabilidad" eclesial, lo cual comporta no sólo el deseo y su afirmación, sino el realismo y la conciencia de en qué circunstancias nos encontramos para proceder con diálogo y realismo y no con confrontaciones que llevan a la inercia y a situaciones sin salida, utilizando para ello métodos que la hagan viable. Potenciar los ministerios confiados a laicos, como un servicio eclesial, descubriendo cuáles son los más necesarios, importantes o urgentes, pero evitando el clericalismo, el infantilismo y lo estrictamente endogámico y asumiendo un papel de verdaderos misioneros en y de la comunidad. Igual que en todas las parroquias está Cáritas, Catequesis de Comunión, etc., ofrecer la posibilidad de que los laicos

se asocien y constituyan verdaderos movimientos de evangelización en la diócesis con adecuada formación y fuerte espiritualidad. Sólo así se podrá responder a la tan debatida cuestión de la presencia pública, que siempre hay que ir planteando y realizando convenientemente. Escuchar siempre la voz de Dios y el clamor del tiempo y de las distintas realidades. Sólo un laico con coherencia entre su fe y su vida y guiado por el amor de Dios contribuirá a hacer una Iglesia más santa y más evangelizadora.



LORETO BALLESTER
REVENTÓS

Directora General
de la Institución Teresiana

1. ¿Dónde, cuál es el lugar de los seglares, dónde estar en misión, en una Iglesia con diversidad de dones, carismas y ministerios? Nuestro lugar propio, no sólo sociológico sino teológico, reafirmado por *Christifideles Laici*, es **la realidad humana, la vida que compartimos con nuestros contemporáneos**. Hacemos presente la Iglesia en los medios ordinarios de la vida: familia, trabajo, política, cultura... También es **lugar, las diversas instancias donde se establecen líneas pastorales, se reflexiona y se dan orientaciones sobre situaciones que interpelan al Evangelio desde el mundo de hoy**. Podemos hablar de una dimensión intra-eclesial, aunque no sea una expresión muy satisfactoria. En este segundo aspecto, seguimos estando muy en segunda fila, aunque es cierto que la conciencia es mayor. En la parroquia, realidad más cercana a cada creyente, reconocemos esta conciencia, y se avanza despacio o de modo desigual. Los cauces diocesanos buscan, con resultados diversos, mayor consistencia del apostolado seglar organizado. El empeño es patente por parte de la Comisión de Apostolado Seglar (CEAS)

y otras comisiones con objetivos que implican a los seglares, con el apoyo a la AC en su especificidad y en objetivos que confía a la competencia y preparación de laicos. También el Foro de Laicos, donde estamos Movimientos y Asociaciones –entre ellas la Institución Teresiana–, es signo de tal preocupación, y cabría esperar que asesorara en temas de la vida cristiana como educación, política, migraciones, salud, familia, etc. Deseamos para nuestra Iglesia **todo el compromiso real de los seglares y la apertura de todas las puertas posibles a su corresponsabilidad**.

2. Esperamos vivir y mostrar la Iglesia como espacio de comunión al servicio de la comunicación del Evangelio. Donde la celebración litúrgica y las orientaciones de los pastores, el compromiso con los más desfavorecidos, el apoyo mutuo, el perdón, la capacidad de interpelarnos con las búsquedas actuales, sean expresiones de fe en las que nuestros contemporáneos puedan descubrir a Jesucristo y abrirse a Dios. En el horizonte de *Evangelii Nuntiandi*, de **alcanzar y transformar mediante la fuerza del Evangelio**, esperamos que las expresiones de la Iglesia institucional conecten con las búsquedas profundas actuales, sean cercanas a la gente de esta sociedad tan secularizada, muestren los caminos del Evangelio con claridad y sencillez, para facilitar a toda persona sentirse interpelada ante las opciones que como ciudadano adulto debe tomar. Me preocupan en particular los **jóvenes**. Las JMJ, los planes diocesanos, han llegado al corazón de muchos. Sus necesidades y potencialidad interpelan, con el reto de la cercanía, de propuestas de sentido y referentes de vida creíbles. En sociedades como la nuestra en que ser cristiano no es un activo, la Iglesia tiene derecho a esperar el compromiso laico con una **experiencia teológica** y una **formación** que nos hagan capaces de **discernir** entre opciones acordes o contrarias con el mensaje evangélico. Con la **audacia** de ser coherentes con la opción elegida. Los laicos esperamos de los otros miembros de la Iglesia el apoyo y ánimo en la vida, sobre todo en esas **situaciones en las que debemos ser distintos**, que implican dar razón

de nuestra fe, comunicarla y optar por quienes sufren marginación o injusticia. Las situaciones de Iglesia y de los laicos en los lugares que recorro son muy diversas. Compartir estas experiencias es un camino de comunión eclesial, de comprensión y valoración mutua.

3. Pasa por nuestro ser y por nuestro actuar, por fortalecer a la vida y afianzar la coherencia en los compromisos concretos. Con la doble implicación: la que evocan las imágenes bíblicas *sal, luz, levadura, y los talentos*, de personas o de asociaciones. Recordar las esferas diferentes y complementarias de presencia en la vida eclesial: la participación en la “vida interna” (formación, catequesis, liturgia, gobierno de parroquias y diócesis...), y la incidencia cultural y en la vida pública, cada una con sus retos de futuro. En la primera, es vital la formación de los laicos, no sólo en temas bíblicos y teológicos, sino en aspectos importantes de las ciencias humanas. Hay funciones de la vida intraeclesial que pueden desarrollar laicos profesionales con competencia y espíritu de servicio, y organizaciones que pueden asesorar a la jerarquía en temas científicos, éticos y políticos. En nuestro caso, tenemos una larga experiencia en diversos países. En el segundo caso, la incidencia de los laicos es fundamental, y presupone que la Iglesia se sitúe ante el Estado y la sociedad propositivamente, queriendo aportar, sabiendo que lo hace en una sociedad plural, donde sus valores no son aceptados por todos. La aportación creativa a la cultura, en sociedades multiculturales y religiosas, en situaciones que conculcan los derechos humanos, incidiendo con modelos de reflexión, acción, educación, con una ética profesional acorde al Evangelio y a la tradición de la Iglesia, son tareas de los laicos, que hacen viable una vida cristiana creíble para las nuevas generaciones. Y el quehacer teológico de los laicos, en concreto de la mujer, en su dimensión de investigación y docencia. Hay un futuro de la Iglesia que tiene que ver con la **esperanza**. Es el mensaje del Papa que agradecemos, acogemos con gusto, ¡en la vida personal y en las propuestas a la sociedad!



PEDRO JOSÉ GÓMEZ

Profesor de la Universidad
Complutense y del Instituto Superior
de Pastoral de Madrid

1. Hablando con propiedad no podemos generalizar, dado que la situación de los laicos es muy heterogénea en nuestra Iglesia. Con todo podríamos señalar algunas impresiones: Globalmente, nos encontramos muy lejos de la participación activa de la mayoría de los laicos en la misión de la Iglesia, tanto por la falta de conversión y personalización de la fe de muchos bautizados, como por la falta de unas estructuras eclesiales igualitarias. Es decir: la eclesiología del Pueblo de Dios proclamada por el Vaticano II –que en cierta medida resultaba ambigua en alguna de sus formulaciones por ser textos de consenso– se ha llevado a la práctica muy parcialmente. Incluso cabría decir que hay mayor clericalismo hoy que hace un par de décadas. Por otra parte, la relativa abundancia de presbíteros que se ha dado en España hasta hace poco ha hecho menos necesario en la práctica el protagonismo pastoral de los seglares que se observa en Iglesias del Sur o de la Europa más secularizada. Y lo digo convencido de que el papel del seglar no debe ser ni de sustitución ni de prolongación de la tarea del ministerio ordenado. La crisis actual del presbiterado producida por el avance de la secularización, por el mantenimiento del celibato obligatorio y por la negativa a permitir el acceso a las mujeres al ministerio ha de resolverse desde dentro, no buscando sucedáneos. Llama la atención, asimismo, la muy diferente situación de las diócesis en la presencia activa de los seglares. Mientras en el País Vasco y, en menor medida Cataluña, los laicos asumen serias responsabilidades, en otros lugares su papel es sobre todo pasivo. Hay diócesis donde su labor es muy

significativa en la religiosidad popular (cofradías, romerías...), mientras en otras es la militancia social su mayor rasgo. En ciertas zonas su actividad se centra en la parroquia, en otras predominan los movimientos especializados de AC, no son raros los lugares en los que los laicos asumen su responsabilidad acompañados y en colaboración con la vida religiosa; en otras, predominan los nuevos movimientos (neocatecumenales, Comunión y Liberación, Opus Dei, etc.). Resulta un déficit muy grave para la Iglesia española la falta de presencia pública de seglares que testimonien su fe de forma natural, sin hablar en nombre del conjunto de la Iglesia y sin expresar tampoco una actitud ácida o amarga hacia la misma. Esta carencia desacredita al cristianismo en la sociedad, ya que deja toda la representatividad de la Iglesia a los portavoces oficiales de la jerarquía, cuyas intervenciones de los últimos tiempos parecen generar más alergia que entusiasmo en la ciudadanía.

2. Los laicos esperan de la Iglesia que sea –como dice una plegaria eucarística– “recinto de libertad, de justicia y amor para que todos encuentren en ella motivos para seguir esperando”. Tendría que ser, por encima de todo, un espacio para *crear* en Dios, *crecer* como personas y *crear* un mundo más humano, y no tanto una institución preocupada por el control, las normas y la obsesión por mantener una presencia social desde ámbitos de cierto poder ajenos al testimonio humilde y personal del Evangelio ofrecido a todos y todas sin excepción. La labor nutriente de la fe es esencial hoy para los laicos: formación teológica abierta, acción litúrgica expresiva y alegre, fuerte motivación para el compromiso social, vivencia comunitaria intensa... Hoy, el laico espera de la Iglesia que, en un contexto de indiferencia religiosa y cambio cultural acelerado que hace difícil la presencia pública de la fe, ésta le anime en el seguimiento, sostenga su esperanza y le anime a ser audaz y creativo. Es muy doloroso para muchos cristianos empeñados en dialogar con tal cultura encontrarse en “tierra de nadie”: incomprendidos por sus conciudadanos y sin el respaldo de sus pastores.

La Iglesia, por su parte, sólo debería esperar de los laicos que fueran verdaderos seguidores de Jesús, para que con su vida transparentaran –en todo ámbito– la presencia salvadora del Señor Jesús y la operatividad liberadora de los valores del Evangelio. Si así fuera, los laicos asumirían sin miedo múltiples tareas en la Iglesia y en la sociedad.

3. Creo desacertadas dos posturas teóricas con cierta difusión. Por una parte, frente a quienes ven en los laicos la continuación de la misión de la jerarquía, ha de sostenerse que tienen una misión propia que depende de su consagración bautismal. Por otra, ante los que sostienen que los clérigos deben dedicarse a actuar dentro de la Iglesia y los seglares fuera, es preciso sostener que ambos deben actuar dentro y fuera, aunque sea con labores distintas. Concentrar el esfuerzo de la Iglesia en su vida interior es traicionar el mensaje del Reino: el 80% de la labor de los cristianos –sobre todo laicos– debería estar en el espacio social compartido, sea en modo evangelizador, profético o de servicio transformador. Padecemos una “parroquitis aguda”. Los laicos tienen hoy varias misiones cruciales que consagrados y ordenados difícilmente pueden hacer por ellos: identificar las preocupaciones verdaderas de las personas; inventar un lenguaje de la fe que entienda todo el mundo; ofrecer la fe por capilaridad (en los ámbitos donde viven), pues la mayoría de la población apenas pisa los espacios eclesiales; mantener la utopía y la indignación ante la injusticia en la escéptica sociedad global; y ofrecer una cura de realidad a algunos pastores. Pero, para realizar su misión, los laicos deberán superar varias patologías:

- Preferir la queja ante el autoritarismo eclesial a asumir responsabilidades.
- Asumir que cualquier responsabilidad eclesial o social reclama una formación y dedicación serias.
- Superar la tendencia a “servir a media docena de señores” que dejan al seguimiento las migajas de la vida.
- Evitar la tendencia al aburguesamiento que puede afectar más claramente a los laicos por estar a la intemperie.
- Y no caer en la tentación de ser más clericales que los clérigos.



BEATRIZ PASCUAL

Trabaja en la formación de adultos en Alcalá y colabora con la CEAS

1. Soy seglar, y doy gracias a Dios que me ha llamado a vivir mi vocación cristiana *tratando y ordenando según él los asuntos temporales*. Quisiera empezar manifestando que creo en la Iglesia y quiero a la Iglesia. Siento un profundo agradecimiento a la Iglesia porque me ha dado a Jesucristo y en él un sentido pleno a mi vida. La Iglesia es para mí madre y maestra. Pues bien, en el seno fecundo y misericordioso de esta madre tenemos nuestro hogar el nuevo Pueblo de Dios. Nuestro lugar es la comunidad cristiana; nuestra misión, el Reino de Dios. Por tanto, *cristiano laico, ¿tú eres Iglesia!* Sí, los laicos somos la "materia prima" de la Iglesia, esos hombres y mujeres de mundo en los que prende la vida cristiana. Pues en cada miembro de la Iglesia, sea sacerdote, religioso o laico, hay un cristiano o cristiana que se ha encontrado con Jesucristo y se ha puesto al servicio de su plan de salvación. Los cristianos laicos somos miembros indispensables del Pueblo de Dios, pero ¿dónde estamos? ¿Qué hacemos? ¿Qué lugar ocupamos en la Iglesia? Podemos decir con alegría que en el hoy de nuestro mundo somos esos ciudadanos que, de manera sencilla y perseverante, tratamos de hacer presente a Jesucristo entre nuestros compañeros. Somos Iglesia y plantamos la Iglesia en el corazón del mundo. Los laicos estamos, además, en la vida diaria de nuestras comunidades cristianas, siempre dispuestos y generosos para lo que haga falta. Quizá no somos muy conscientes, pero yo diría que ocupamos un lugar privilegiado y fundamental en la acción pastoral básica de la Iglesia, pues en nosotros descansa el tú a tú con niños, jóvenes y adultos, a quienes acompañamos en sus procesos de fe.

Somos en nuestras diócesis y parroquias puente por el que circula el amor de Dios. ¿Hay mayor responsabilidad y alegría para un cristiano? Asimismo, nos hemos ido incorporando a los órganos de reflexión y participación que la Iglesia ha ido creando. Sin embargo, no podemos dejar de preguntarnos: ¿somos los laicos más conscientes de la propia vocación y misión que hace veinte años? ¿Es la Iglesia más misionera? Y digo veinte años porque es el tiempo que hace de la exhortación *Christifideles Laici*. Un documento fundamental para el apostolado seglar en clave conciliar. Un documento que supuso un respaldo al trabajo que nuestra Iglesia española venía realizando desde hacía años para la promoción del laicado. Tengo grabada una expresión que refleja bien la intención de aquel momento: "Hay que despertar al gigante dormido", se decía. Me parece que el gigante, tal vez, hoy no es tan grande, pero sí está más despierto. Demos gracias a Dios por todo lo vivido y trabajado en este tiempo. No obstante, para que el laicado termine de despertar y alcance la mayoría de edad, es necesario un nuevo esfuerzo de toda la Iglesia. Se necesita una mayoría de edad de todo el Pueblo de Dios, un estar a la altura de la comunión y la misión que reclama el momento presente.

2. Todos los que seguimos a Jesucristo resucitado somos hijos y hermanos. Todos obreros de la viña del Señor. Compartiendo la misma dignidad y participando en la única misión: anunciar a todos los hombres que Dios nos ama. La Iglesia, por tanto, no es algo distinto a mí, soy yo. Por eso la pregunta irá más allá de nosotros, la cuestión permanente a planteamos es: ¿qué esperan los hombres y mujeres, sobre todo los pobres y los que sufren, de la comunidad cristiana? En este sentido, es muy lúcida la expresión de Juan Pablo II de que *el hombre es el camino de la Iglesia*. El hombre que sufre y ama, que necesita ser liberado, que busca sentido, que quiere ser feliz... son los hombres y mujeres concretos con quienes convivimos a diario quienes han de marcar el quehacer de la Iglesia en cada momento histórico. La misión es, pues, el punto de partida y llegada

de la comunidad cristiana, la brújula que debe orientar nuestra vida y acción. Y puesto que se trata de una misión compartida, la acción pastoral ha de ser planificada, realizada, revisada y celebrada entre todos los miembros de la Iglesia codo con codo. Viviendo entre nosotros unas auténticas relaciones de hermandad, llevando una vida evangélica que refleje lo que creemos, esperamos y anunciamos. Se trata de poner lo mejor de nosotros al servicio del Reino para que el mundo crea. La Iglesia necesita y espera laicos de fe profunda, con clara identidad cristiana y eclesial y de honda sensibilidad social. Hombres y mujeres que destaquen por su madurez humana, cristiana y apostólica, así como por su formación y capacitación. La Iglesia necesita y espera una presencia y participación activa de los laicos para hacer más completa, armónica y rica su vida y su misión. La Iglesia necesita y espera la aportación de los laicos al enriquecimiento de la comunidad eclesial y al dinamismo apostólico del Pueblo de Dios. Asimismo, el laicado necesita un ministerio pastoral que destaque por su madurez humana, cristiana y apostólica. Que ame al mundo, a quienes viven, luchan y trabajan en él. Siempre dispuestos, como el Buen Pastor, a dar la vida por ellos.

3. La Iglesia existe para anunciar a la humanidad que Dios es amor, ésta es su razón de ser, su dicha y su identidad más profunda. Los laicos estamos habilitados y comprometidos con una aportación típica e insustituible en este apostolado fundamental de la Iglesia: la evangelización de los hombres y mujeres con quienes compartimos alegrías y preocupaciones diariamente. Para vivir y servir plenamente como comunidad cristiana a este fin, a veinte años del Sínodo sobre los laicos y mirando al futuro, es necesario asimilar y hacer operativa las orientaciones y propuestas de *Christifideles Laici*:

- Promover la dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-misterio.
- Animar la participación de los fieles laicos en la vida de la Iglesia-comunión.
- Potenciar la corresponsabilidad de los fieles laicos en la Iglesia-misión.
- Ser buenos administradores de la multiforme gracia recibida de Dios.

- Colocar la formación de los fieles laicos entre las prioridades de la diócesis. Todo ello con el fin de que los laicos seamos *sal y luz del mundo* como pide el Evangelio y señala el lema del Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, en esta fiesta de Pentecostés.



JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ

Presidente General del Foro de Laicos

1. Una cosa es lo que la Iglesia dice de sí misma y otra la imagen que proyecta. Una cosa es lo que puede decir de la Iglesia un miembro activo y consciente de pertenecer a la Iglesia y otra cosa distinta lo que puede decir de ella alguien que vive al margen de la Iglesia. Son miradas y planos diferentes, pero ambos importantes y complementarios. En líneas generales, si preguntamos qué o quién es la Iglesia a alguien que vive fuera de ella, nos dirá que la Iglesia son el Papa y los obispos, los curas y los religiosos y religiosas. Es bastante probable que dichas personas no mencionen como Iglesia al resto de los bautizados, esto es, los laicos. Sencillamente, para ellas los laicos no cuentan mucho dentro de la Iglesia. Pues bien, esta visión que desde fuera se tiene de la Iglesia, que en buena medida depende de lo que como Iglesia proyectamos, ya nos está indicando el déficit de protagonismo que el laico tiene en el seno de la Iglesia. El laico, como sujeto corresponsable de la vida y la misión de la Iglesia, no ocupa el lugar protagonista que le corresponde en virtud del propio bautismo. Pero, más aún, la doctrina sobre los laicos que plasman los documentos del Magisterio se corresponde poco con la situación real del laicado dentro de la comunidad católica española. Dentro de la Iglesia, el laico en la mayoría de los casos es objeto y destinatario, más que sujeto y protagonista. Esta situación compromete la tarea evangelizadora de la Iglesia,

pues dicho déficit de corresponsabilidad en la vida interna de la Iglesia perjudica la misión que ésta tiene en el mundo. Es evidente que la Iglesia española es mucho más que sus obispos y presbíteros. Es el entero pueblo de Dios quien configura la Iglesia. Sin embargo, la voz de los laicos no se escucha suficientemente, y en muchas ocasiones ni siquiera se cuenta con ellos ni se les consulta en las tomas de decisiones, en la elaboración de documentos, etc. Este déficit no es una cuestión baladí, porque, además de afectar a la misión evangelizadora, también afecta a una cuestión previa como es la comunión. Precisamente, en virtud de la comunión, que está llamada a ser y vivir la Iglesia, se debería cuidar y potenciar más en su seno la escucha sincera y profunda de todos sus miembros, entre los que de forma destacada se encuentran los laicos, sin desconocer que será la jerarquía, en virtud del encargo recibido, la que en último término tiene la función de interpretar con la asistencia del Espíritu Santo, que también habla por medio del pueblo, cómo ha de conducirse la Iglesia ante cada circunstancia histórica, en fidelidad a Jesucristo y a los hombres y mujeres de cada tiempo.

2. Iglesia somos todos, por tanto la cuestión no sería tanto qué espera el laico de la Iglesia de la que forma parte, sino qué espera de sus pastores o del resto del cuerpo eclesial. No me refiero ahora a los muchos bautizados que, debido al descuido y olvido de su formación cristiana, desconocen totalmente a Dios; pienso en los laicos que, aun con todas las carencias e imperfecciones, se consideran de alguna manera parte integrante de la Iglesia, aunque no siempre sean del todo miembros vivos y operantes de la comunidad cristiana. Estos laicos esperan más de lo que a veces se les ofrece. Esperan que se les ayude a redescubrir y profundizar en la llamada recibida en su bautismo, que se les ayude a tomar conciencia de que son miembros activos de la Iglesia a la que pertenecen; pero todo esto no como una concesión, ni desde paternalismos mal entendidos, sino desde un reconocimiento de su verdadera identidad, mediante el acompañamiento espiritual hecho por

otros hermanos, presbíteros y propios laicos, que les ayuden a avanzar en el seguimiento de Cristo. Esperan que se les anime a participar, a comprometerse cada vez más, en la vida y misión de la Iglesia, no como "brazo de la jerarquía" y sólo hacia fuera, sino como sujetos responsables de la Iglesia (también en su interior), en la que han encontrado a Jesucristo que les ha transformado, a la que consideran su familia, y que, por tanto, la aman y la quieren cada día más purificada y más imagen y transparencia de Cristo que vive en ella. En cuanto a lo que la Iglesia española espera de los laicos, es mucho, a tenor de los documentos del Magisterio. A título de ejemplo, el documento de la CEE *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (1991) sentencia en su parte final que "la nueva evangelización se hará sobre todo por los laicos, o no se hará". Por mi parte, creo sinceramente que es así, que han de ser los laicos, con una vida enraizada en Cristo, los que se conviertan en sal y luz, en señales del Dios vivo en medio del mundo. Son ellos los que en medio de las múltiples realidades de la vida han de hacer presente a Jesús y los valores evangélicos. Pero la realidad, hoy por hoy, es que la gloriosa carga, con la que se grava a los laicos en orden a la nueva evangelización y transformación del mundo, exige de unos presupuestos que no siempre se dan. Exige que sean los propios laicos los que vayan tomando conciencia de su vocación, de lo que se espera de ellos, de la llamada personal que Dios les hace a ir al mundo; pero todo esto no se da hoy como sería deseable. Es necesario que a la masa de laicos les acompañen presbíteros y otros laicos, que les ayuden a descubrir y profundizar en su filiación divina y en su ser Iglesia, para desde ahí ser testigos de Dios en la sociedad y proclamadores de la buena noticia del Evangelio; de lo contrario, las declaraciones del Magisterio serán hermosas, pero grandilocuentes y totalmente alejadas de la realidad.

3. Pasa por promover dos temas muy esenciales: la formación y el asociacionismo laical.

- La formación, entendida como "un continuo proceso de maduración en la fe y de configuración con Cristo", es

totalmente necesaria para que los laicos descubran cada vez más su vocación y la disponibilidad y entrega que ésta les exige. Mientras la formación del laico no forme parte de nuestras prioridades y se vaya extendiendo cuantitativamente a más bautizados, que entren en este proceso de formación, no tendremos laicos adultos en la fe ni comunidades eclesiales plenamente formadas. Ahora bien, en este proceso de formación, y en muchos casos como paso previo para iniciar este proceso de maduración en la fe es necesario promover en la Iglesia experiencias de encuentro personal con Cristo, tras las cuales se pueda iniciar un proceso de profundización en los contenidos de la fe. Quiero decir que es importante promover hoy en nuestra Iglesia la evangelización kerygmática o de primer anuncio, incluso entre los bautizados que están integrados en la vida de nuestras parroquias.

● Me parece también relevante, por un lado, favorecer el asociacionismo laical y, por otro, la promoción de asociaciones o movimientos que mejor respondan a las exigencias y necesidades de la Iglesia en este momento, pues los movimientos son instrumentos suscitados por el Espíritu para evangelizar al hombre de hoy. La existencia de un laicado asociado es más necesario y urgente, no sólo por razones eclesiológicas y culturales, sino también porque difícilmente se puede vivir hoy la vocación laical en plenitud si no se hace al calor de pequeñas comunidades o grupos, esto es, en compañía de otros. Vivir la fe asociado a otros ayuda, sin duda, a que la fe sea viva, a experimentar de forma consciente la filiación divina y a ser miembro vivo y activo de la Iglesia. Promover la formación y el asociacionismo dará como resultado laicos cada vez más comprometidos en la vida y misión de la Iglesia, más corresponsables y protagonistas de la vida eclesial, laicos más conscientes y más disponibles a las exigencias que se derivan de su bautismo. Pero esto no será posible sin el decidido apoyo no sólo de laicos más comprometidos que ayuden a sus hermanos a ir creciendo, sino de presbíteros, religiosos y religiosas que les acompañen en este recorrido, no haciéndoles dependientes sino ofreciendo ayuda para ser laicos maduros en la fe.



IGNACIO
ZABALA, sm

Director del colegio Nuestra Señora del Pilar de Madrid

1. Podemos distinguir la función de los laicos en las estructuras internas de la Iglesia y su papel en el entramado social en el que están llamados a hacer presente el Evangelio. Respetando lo que significa el sacramento del orden en la función jerárquica de la Iglesia, vemos que hay muchos puestos de responsabilidad no vinculados jurídicamente al ministerio ordenado que son desempeñados habitualmente por sacerdotes. Cada vez hay más laicos que ocupan estos puestos. Muchas veces el relevo está motivado por la disminución del número de ordenaciones; pero la fundamentación mayor no debe ser ésta, sino la seguridad de que los laicos bien preparados pueden realizar bien estas funciones. La situación de las mujeres justifica una mención específica: no tendría que ser noticia, como lo fue hace unos años, el que una mujer, religiosa en el ejemplo concreto que pongo, fuera nombrada en la Santa Sede subsecretaria de la Congregación para la Vida Consagrada. Lo propio, que no exclusivo, de un laico es su participación en la vida pública y su trabajo para construir una sociedad más justa y fraterna. ¿Los laicos españoles se implican en estas tareas? La familia es una de sus grandes responsabilidades. En muchas se percibe una preocupación necesaria para que las leyes favorezcan su desarrollo. Por desgracia, en algunas se aprecia menos interés por vivir y educar a los hijos en la austeridad, el esfuerzo, la solidaridad y la aceptación de la pluralidad. En la actuación pública hay esfuerzos muy nobles en pro de la paz, la atención a todo tipo de pobreza y la búsqueda de estructuras más justas.

Pero me gustaría que en algunos sectores se incidiera más en valores fundamentales más olvidados; por ejemplo, en la vida política, la forma de defender la verdad, el respeto al que piensa distinto y la búsqueda del bien común, y, en la vida empresarial, las relaciones laborales justas, las responsabilidades fiscales y las técnicas de competitividad.

2. Resumo en cuatro elementos lo que creo que *esperan los laicos de la jerarquía*. No planteo ahora a quién corresponde la última decisión en una instancia eclesial. Pero hay maneras muy distintas de llegar a ella. Es esencial que los laicos se sientan escuchados y tenidos en cuenta. La comunión es imprescindible, pero comunión no es uniformidad. La profesión común del Credo es básica, pero su contenido ha tenido y tiene desarrollos diferentes a lo largo de los siglos y en los distintos lugares. Lo mismo puede decirse de énfasis y concreciones en actitudes morales. El mundo en que vivimos tiene cualidades y defectos. Los eclesiásticos, entre los que me incluyo, debemos saber valorar sus logros, aunque también detectemos sus defectos. Jesús fue muy claro al actuar y al hablar, pero mostraba sobre todo la cara de la comprensión y la acogida. Es un mal para la Iglesia ocultar parte de la verdad para difundir o defender sus ideas o utilizar en sus manifestaciones la ironía y el menosprecio del otro. Hay medios de comunicación muy vinculados a la jerarquía que lo hacen con frecuencia. Resumo en tres aspectos lo que creo que *la jerarquía espera de los laicos*. Ante todo un compromiso creciente en su implicación en la comunidad cristiana. Los "católicos no practicantes" o se decantan hacia una vivencia comprometida de su fe o dejarán de ser católicos, aunque nominalmente lo sigan siendo. Los laicos piden una responsabilidad creciente en la estructura eclesial. Cualquier responsabilidad de reflexión o consejo exige preparación. Sin ella la aportación dependerá sólo de la buena voluntad que, aunque sea mucha, es

insuficiente. La formación general y teológica es clave. Una práctica regular y sosegada de la oración también. La comunión no está reñida con la pluralidad. Pero las críticas sin matices y despreciativas, el distanciamiento de corazón, la discrepancia no razonada, en algún caso sistemática, de las opiniones de la jerarquía rompen la comunión.

3. La experiencia vital de un laico es distinta de la de un sacerdote. Es bueno para la Iglesia que la experiencia familiar y profesional directa esté presente en los ámbitos más altos de reflexión y decisión. Es condición necesaria para que esta aportación sea valiosa que el laico preste atención creciente a su formación. El cristianismo de misa dominical y poco más irá desapareciendo y será sustituido por realidades que impliquen un mayor compromiso. La sociedad está siendo cada vez menos explícitamente religiosa. En ese ambiente es muy difícil sostener una pertenencia de baja calidad. La aparición y consolidación de pequeñas comunidades, grupos y movimientos, antiguos y recientes, es una de las esperanzas de la Iglesia actual. La presencia en las celebraciones de la Eucaristía es sobre todo femenina. La catequesis, especialmente la de infancia, está atendida mayoritariamente por mujeres. Sin embargo, su presencia en otros ámbitos es muy reducida. La situación debe evolucionar hacia un protagonismo femenino mayor. Además, aunque la Iglesia no tiene que reproducir necesariamente los esquemas de la sociedad, los cambios en el papel de la mujer en la vida civil hacen que la comunidad cristiana sea más sensible a estos planteamientos. Los seglares tendrán que ser ante todo los constructores del Reino inmersos en el entramado social. Es su función específica. Son los únicos que pueden hacer presente a la Iglesia en algunos ambientes. Supone muchos retos. Las situaciones *normales y justas*, es decir, habituales y aceptadas por los tribunales de justicia, no siempre están de acuerdo con la *Norma* que dimana del Evangelio, y no siempre son *Justas*, acordes con los derechos humanos. Los miembros de la Iglesia, los seglares de forma específica, junto con todas

las personas de buena voluntad, tienen mucho que hacer en la construcción de un mundo mejor que busca superar las situaciones de desigualdad y diferencia de oportunidades que hoy vivimos como si fueran lógicas, aunque sean inhumanas y, por supuesto, antievangélicas.



JULIÁN BARRIO

Arzobispo de Santiago de Compostela y presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar

1. Son significativos la valoración y el seguimiento pastoral que se han hecho de los diferentes documentos del Vaticano II que tratan este tema, explicitado posteriormente en la exhortación *Christifideles Laici*, en documentos de la CEE como *Testigos del Dios vivo* (1985), *Católicos en la vida pública* (1986), *Constructores de la paz* (1986), *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (1991) y en el Congreso de Apostolado Seglar '*Testigos de la esperanza*'. Son algunas referencias entre otras. La acogida renovada de la doctrina sobre los seglares es garantía de esperanza. La novedad de esta doctrina se ha ido haciendo con normalidad cualitativa, aunque no todavía cuantitativa en la vida cotidiana de nuestras comunidades cristianas, siendo todavía mucho el camino por recorrer. Los laicos tienen hoy mayor conciencia de su dignidad de bautizados, de su vocación cristiana, de la exigencia de crecer en la inteligencia y en la experiencia de la fe y de su adhesión a la Iglesia. Saben que su vocación en la Iglesia consiste en el hecho de ser cristiano en medio del mundo, donde ha de buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales, ordenándolas según Dios y dejándose guiar por el Evangelio para contribuir a la santificación del mundo y mostrar a Cristo a los demás. No ignoran la dificultad de ser un laico cristiano

en el mundo actual, donde la afirmación de la legítima autonomía del orden temporal se confunde con un secularismo militante que trata de colocar a Dios en la esfera exclusivamente privada o individual, eliminándolo de la vida pública. Por tanto, no se trata de que se les quiera dar un puesto u otro, sino de reconocer que su apostolado es imprescindible en la Iglesia, que encuentra en ellos un puente para el diálogo, si no exclusivo, sí fundamental con el "mundo". Contemplar la Iglesia como signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano ayudará a comprender la vocación y la misión de los fieles laicos. Al referirnos a su actuación en la Iglesia no ha de entenderse sólo en el ámbito eclesiástico o intraeclesial, sino en esa relación estrecha de la misión eclesial con el mundo, donde "el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los afligidos, son también el gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y no hay nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón". La participación en las tareas eclesiales de catequesis y formación, en la celebración de la fe y en múltiples formas de acción caritativa y social no basta para calificar a los laicos de comprometidos, y no puede ser pretexto para la dejación de responsabilidades en el mundo familiar, profesional, social, económico, político y cultural, ni tentación para legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre acogida del Evangelio y acción concreta en las más diversas realidades y terrenas.

2. La Iglesia debe salir al encuentro del laico cristiano teniendo en cuenta su llamada a la santidad y su compromiso de dar testimonio de Cristo en el mundo. Esta realidad substantiva ha de configurar el acompañamiento pastoral que el laico espera de la Iglesia, percibiéndose en ésta una forma de ser y de actuar que reconozca a los seglares como ámbito de encuentro entre la sociedad y la Iglesia, confluencia de lo sagrado y lo secular, de la fe y de la cultura, de la Iglesia y del mundo. En este sentido, es muy

importante la formación para dar razón de la esperanza cristiana, para mantener la identidad cristiana en medio de modelos de confusión, de pensamiento débil y de responsabilidad fragmentada, y para responder a los desafíos de la nueva sociedad con el anuncio del Evangelio, propiciando y cuidando el encuentro personal con Cristo, quien da una orientación decisiva a la vida. El laico, en su condición de testigo, debe sentir la necesidad de ser evangelizado para poder evangelizar, estar convencido de que Cristo nos acompaña hasta el final, y dejarse llevar por el Espíritu para romper miedos y pasividades. La Iglesia ha de ofrecer la formación en la fe, transmitiendo la palabra de Cristo que nos ofrece la verdad sobre Dios y sobre el hombre, cuidando la participación en la Eucaristía dominical e introduciendo en la oración asidua y en la meditación de la Palabra. El ministerio pastoral debe estar a la altura de las necesidades e inquietudes, no sacrificando nunca la autenticidad evangélica a costa de la efectividad y considerando que los laicos no pueden prescindir de la iluminación de la fe y de las motivaciones de la caridad fraterna a la hora de asumir sus responsabilidades. Hoy es urgente la presencia de los laicos que, con fe viva y testimonio entusiasta, hagan creíble a Dios en la sociedad. El episodio de los discípulos de Emaús, quienes tras el encuentro con Jesús cambiaron radicalmente su actitud, podría ilustrar la forma de proceder. La parábola del hijo pródigo, que nos ayuda a comprender al hombre desde Dios, y la del buen samaritano, que nos descubre la situación del hombre y la urgencia del laico a cumplir su misión, nos ofrecen la clave para interpretar este momento no fácil pero esperanzador. Todo lo dicho trasluce lo que la Iglesia espera del laicado. En una Iglesia misterio, comunión y misión más allá de apreciaciones sociológicas, la presencia fundamentada en el Bautismo y la pertenencia eclesial, como referente esencial, son imprescindibles para que el laico pueda cumplir adecuadamente su misión social y posibilitar que la Iglesia dé un testimonio suficiente de la verdad del Evangelio como principio de vida y de salvación del hombre. En las circunstancias actuales se necesita un

apostolado laical más intenso y amplio. Por eso, de los laicos la Iglesia espera un testimonio coherente donde no haya fractura entre lo que se cree y se vive, que valore con esperanza y realismo la condición humana, afirmando sin titubeos la libertad en la verdad con que Cristo nos ha liberado y haciendo que la suerte de los otros entre de lleno en el proyecto de cada uno, evitando protagonismos desmedidos, cansancios y derrotismos, redescubriendo la teología de la encarnación y del éxodo, claves para interpretar el compromiso laical cristiano que ha de defender la dignidad humana y su vocación trascendente. El laico cristiano, como auténtico creyente, no puede separar la comunión con Cristo de la caridad con los hombres, con una actitud paciente para superar todo fanatismo e intolerancia.

3. Siempre nos interesamos por el futuro, lo que manifiesta nuestra incertidumbre. Más allá de explicitar nuestros deseos y ofrecer nuestra disponibilidad para realizarlos, hay que contar con la providencia de Dios, que a través de su Espíritu guía a la Iglesia. Existen motivos, como son los testimonios de una opción radical de fe, de una auténtica santidad de vida, y del gran celo apostólico de muchos laicos, para encarar con esperanza fundada el futuro. La importancia de los laicos cristianos no puede ser ignorada. El futuro de la presencia y contribución del laico en la vida eclesial pasa por asumir responsablemente el presente que le toca vivir, tratando de responder a los desafíos que se le presentan, sabiendo que las tareas de cada día no son ajenas a su vocación cristiana, y evitando el riesgo de la búsqueda del bienestar a toda costa, o el activismo desenfrenado en el trabajo, que llevan a olvidarse de los deberes con Dios y con frecuencia del amor a los pobres, débiles y marginados material y espiritualmente. Es la hora de ofrecer los valores cristianos como contribución al bien común, asumir el don y tarea de la educación de los hijos desde la visión cristiana de la persona, cuidar la vida de familia como "iglesia doméstica" y revitalizar la celebración del Domingo, día del Señor, de la Iglesia y del hombre, en espera del *Día más allá del tiempo*.



CECILIA BARREDA MERINO, ctsj

Superiora General de las Carmelitas Teresas de San José Vicepresidenta de CONFER

1. La respuesta a esta pregunta es tan plural como la realidad que vivimos en las diversas iglesias particulares que integran nuestra Iglesia nacional. Siendo consciente de ello, aunque es mucho el camino andado, estamos todavía lejos de comprender y de poner en práctica, la doctrina del Concilio Vaticano II relativa al ministerio y a la misión del laicado (cf. LG 33). Es verdad que son muchos los laicos que asumen responsabilidades en los diferentes ámbitos del compromiso laical: miembros de asociaciones religiosas, catequistas, líderes de comunidades y grupos juveniles, presidentes de consejos pastorales y de movimientos, formadores y educadores, teólogos y teólogas, profesores de Teología, laicas y laicos comprometidos que encarnan el triple ministerio de Cristo (cf. LG 31), dentro de la comunidad eclesial. Es más: la presencia del laico está siendo significativa en muchos lugares, dentro y fuera del ámbito eclesial, a través de la militancia política y sindical, las organizaciones sociales y los medios de comunicación. Hay muchas hermanas y hermanos laicos comprometidos con asociaciones y movimientos de reivindicación y defensa de los derechos humanos. Y es un hecho notable el crecimiento del número de laicos que, surgidos de los procesos evangelizadores de las Órdenes, Congregaciones Religiosas y Sociedades de Vida Apostólica, se sienten atraídos por su carisma y misión y se suman a los proyectos evangelizadores que estas instituciones viven y desarrollan en la Iglesia española y universal. Redes laicales que ponen en práctica las claves eclesiológicas emanadas del

Vaticano II, respecto a los ministerios de los laicos (cf. LG 32), fomentan la visión de una Iglesia-comunión en la que se vive una auténtica colaboración y se establecen lazos de reciprocidad, para vivir el mismo carisma más allá de las estructuras, y dar respuestas nuevas a los nuevos desafíos evangelizadores. Pero también es cierto que no faltan en nuestra Iglesia comunidades donde no se ha desarrollado aún suficientemente el sentido de una Iglesia ministerial, Cuerpo de Cristo, en las que los laicos no tienen la oportunidad de asumir sus responsabilidades en todos los ámbitos del compromiso laical, y las desempeñan sólo en la celebración litúrgica y como complemento o suplencia de los ministros ordenados.

2. Durante muchos años de vida consagrada y de misión compartida con hermanos y hermanas laicos en diversos proyectos evangelizadores he sido y soy testigo y beneficiaria de la inmensa riqueza que aporta la complementariedad de las diferentes vocaciones, y es éste el único camino para hacer visible la presencia del Señor y verdaderas sus palabras: *"Cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo"* (Mt 18, 20). Y que sólo en la escuela de la comunión, la Iglesia puede vivir su misión, que viene de Dios, y a todos nos envuelve e implica. Desde esta perspectiva, el laico, como los demás bautizados que constituimos el pueblo de Dios, espera y desea ser reconocido y valorado en su vocación específica, como el Magisterio eclesial lo define y presenta. Así como ocupar su lugar, y vivir su vocación-misión, en el interior de las comunidades cristianas y en las sociedades a las que sirve, compartiendo responsabilidades y creciendo como persona creyente, en esta nueva etapa de nuestra historia. Vocación-misión laical muy importante en el hoy que la Iglesia española está llamada a evangelizar, desde dentro, con una pastoral inclusiva, en diálogo permanente con las más diversas realidades familiares, culturales, étnicas, religiosas, artísticas y profesionales, con una acción evangelizadora laical, que, según el Vaticano II, *"adquiere una característica específica y una eficacia*

singular, por el hecho de que se lleva a cabo dentro de las condiciones comunes de la vida del mundo" (LG 35). Los laicos necesitan y esperan vivir su ministerio en una Iglesia con fuerte sentido misionero y con conciencia de su misión, que es su identidad más profunda (cf. EN 14) y su razón de ser. Una Iglesia despojada de poder y servidora, en la que todos, laicos, consagrados, y pastores, nos sentimos pecadores salvados, en camino de conversión (cf. GS 43). A la vez, la Iglesia necesita y espera que todos los bautizados, también los laicos, seamos más conscientes de nuestra dignidad de hijos de Dios, incorporados por el Bautismo a la vida de Jesucristo y llamados con Él a una misma y única misión, la de Jesús y de la Iglesia. Espera y necesita laicas y laicos que sean memoria activa de los signos de los tiempos en un mundo cambiante, y que, en diálogo sincero con él, se constituyan en un recuerdo permanente de que la Iglesia, llamada a transformar el mundo, según el proyecto de Dios, necesita ser evangelizada para poder evangelizar (cf. EN 15) y convertirse en comunidad "de iguales", casa y escuela de comunión (cf. NMI 43), para dar razón de su fe y su esperanza, con un testimonio coherente de vida evangélica.

3. Uno de los mayores motivos de esperanza para el futuro de la Iglesia es el inmenso potencial de los laicos, pues lo propio del laico es encarnar los valores evangélicos en el ambiente social en que vive. En total comunión con la doctrina del Vaticano II y el Magisterio de los últimos Papas, creo que los laicos tienen hoy una responsabilidad singularmente importante en la pastoral de conjunto, ya que es en el ambiente secular donde urge anunciar la Buena Nueva (cf. EN 18). Por ello, para poder vivir su misión, la Iglesia necesita convertir todo lo que pueda ser obstáculo para que los bautizados laicos sean miembros vivos y activos del Cuerpo de Cristo. Esta transformación es vital, y los signos de los tiempos la están urgiendo. Y la renovación de la Iglesia será posible en la medida en que crezca la vitalidad de los laicos y su protagonismo en su misión evangelizadora (cf. LG 22; ChL 3).

El futuro de la presencia y contribución del laico en la vida eclesial pasa por la conversión a una Iglesia comunión, en la que, desde la primacía del amor, la fraternidad, hospitalidad y compasión estén por encima de cualquier rango y de toda norma. Conversión a una Iglesia ministerial, Cuerpo de Cristo, en la que todos nos necesitamos y tenemos un servicio que realizar, y lo vivimos en la unidad y complementariedad de las vocaciones, con relaciones de respeto, diálogo, inclusión, confianza, corresponsabilidad e interdependencia. Una Iglesia pobre, signo del Reino, que prefiere a los sencillos, a los pobres, a los que no cuentan, porque *Dios ha elegido lo débil del mundo para confundir a los sabios y poderosos*. Una Iglesia cada vez más comprometida con las grandes causas de la humanidad. El futuro de la presencia y contribución del laico en la vida eclesial pasa por una participación activa de la mujer, especialmente sensible a los valores humanos y evangélicos y todavía muy ausente en la toma de las decisiones importantes, e ignorada muchas veces en sus más legítimas aspiraciones y en su verdadero lugar social y eclesial. Y pasa por una Iglesia que, en diálogo con el mundo al que es enviada, promueve que todos los bautizados crezcan en su conciencia y dignidad de hijos de Dios y discípulos de Cristo, y en sentido de pertenencia a su comunidad de fe, convencidos de que la verdadera novedad cristiana deriva del Bautismo.



JOSÉ PADILLA NARDÍNEZ

Secretario General de la Comisión Justicia y Paz de España

1. Una mirada sobre las múltiples formas de laicado asociado actualmente existentes dentro de la Iglesia española (parroquias, asociaciones públicas y privadas de fieles, movimientos vinculados o no

a congregaciones religiosas, ONG de matriz confesional, organizaciones especializadas dependientes de la Conferencia Episcopal Española a través de sus distintas Comisiones...) reflejan un núcleo laical que vive de forma vocacional y corresponsable su cristianismo. En España existe un cuerpo asociado de laicos que se puede estimar en más de un millón de personas sin contar hermandades ni cofradías. Existe en este momento, por tanto, un laicado cristiano que entiende que su seguimiento personal al mensaje y a la figura de Jesús de Nazaret ha de ir necesariamente acompañado por una responsabilidad compartida en la misión de toda la Iglesia en el anuncio y en la construcción del Reino de Dios. Este proceso de asociacionismo laical, dentro de la diversidad de formas y opciones concretas que indudablemente adopta, podemos, probablemente, afirmar que converge, en buena medida en estos puntos:

- El carácter central de la celebración eucarística y de la oración por medio de la Palabra de Dios.
 - La primacía evangélica de la solidaridad con los pobres y el compromiso con la justicia y la paz.
 - La necesidad de una conversión permanente al seguimiento de Jesús en todos los ámbitos de nuestra vida (familia, trabajo, cultura, economía, política...).
 - La vivencia eclesial y comunitaria de la fe personal, así como el sentido de reconocer a la Iglesia como realidad propia.
 - La necesidad de transmitir a otras gentes y a otras culturas la experiencia de que la fe en Jesús y el seguimiento de su Palabra puede dotar de sentido la vida de todo ser humano.
- La vivencia de este compromiso laical va acompañada en múltiples ocasiones de cierta inevitable discontinuidad como consecuencia de las dedicaciones profesionales, familiares... que con frecuencia suelen surgir.

2. *Gaudium et Spes* recoge en su número 43 los siguientes párrafos: "Competen a los laicos propiamente, aunque no exclusivamente, las tareas y

el dinamismo seculares" (...) "De los sacerdotes, los laicos esperen orientación e impulso espiritual. Pero no piensen que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aun graves, que surjan. No es ésta su misión" (...) "Muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida les inclinará en ciertos casos a elegir una solución determinada. Pero podrá suceder, como sucede frecuentemente, y con todo el derecho, que otros fieles guiados por una no menor sinceridad, juzguen el mismo asunto de distinta manera" (...) "Entiendan todos que en tales casos a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a su favor la autoridad de la Iglesia". Desde Justicia y Paz, organización eminentemente laical, hemos puesto el mayor énfasis a lo largo de los 40 años que se cumplen en 2008 desde nuestra constitución por la Conferencia Episcopal, en hacer realidad no sólo la letra sino también el espíritu de lo recogido en *Gaudium et Spes*, de manera que, siendo a los laicos a quienes compete especialmente los análisis y búsqueda de posibles soluciones a las cuestiones "seculares", los pastores deben esperar su leal asesoramiento, y los laicos, a su vez, deben esperar que ya que frecuentemente un mismo asunto puede ser juzgado de distinta manera, los pastores escuchen las distintas alternativas propuestas, de modo que sean asesorados de la manera más completa posible. El laicado también espera que se potencien los instrumentos de coordinación con el resto de los ministerios eclesiales y que las tomas de decisiones se realicen de forma colegiada. Además, resulta necesario que por parte del resto de los ministerios eclesiales se asuman el amplio abanico de cuestiones que en la actualidad preocupan a los laicos y laicas, procurando no centrarse exclusivamente en las que responden a sensibilidades muy determinadas.

3. La presencia y contribución del laico en la vida eclesial a que se refiere Juan Pablo II en

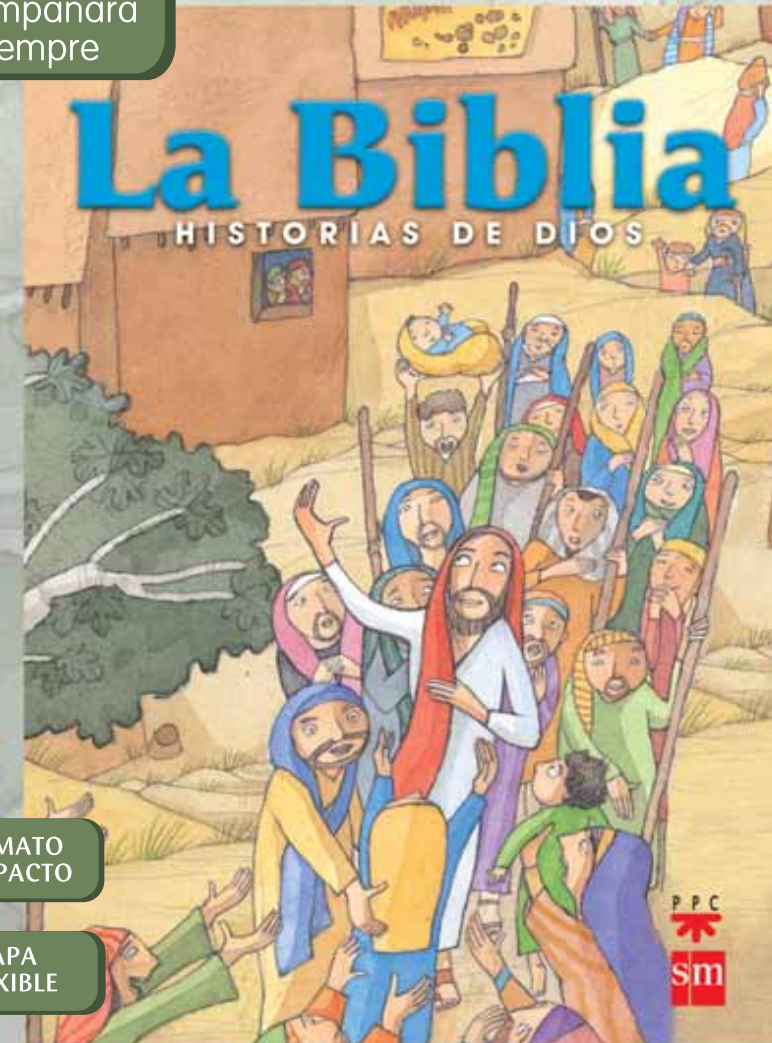
Christifideles Laici, se puso de manifiesto en el documento *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (CEE, 1991) en tres vertientes fundamentales: presencia pública, necesidad de formación e impulso de la corresponsabilidad.

- En cuanto a presencia pública, ya ha sido recogida en las respuestas anteriores, por lo que únicamente me referiré a continuación a la necesidad de formación, que debe ser lo más interdisciplinar posible, y el impulso a la corresponsabilidad.
- Sería muy adecuado que, como recoge *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo* (n. 77), la formación contribuyera a "vivir en la unidad dimensiones que, siendo distintas, tienden a escindirse" y que potenciara "la vocación a la santidad y misión de santificar el mundo, ser miembro de la comunidad eclesial y ciudadano de la sociedad civil", (...) "solidario con los hombres y testigo del Dios vivo, servidor y libre, comprometido en la liberación de los hombres y contemplativo, empeñado en la renovación de la humanidad y en la propia conversión personal". Asimismo, esta formación debe procurar que el laico no se quede exclusivamente en su realidad concreta de parroquia, movimiento..., sino que tome también conciencia de los problemas globales que, de manera acuciante, afectan a multitud de seres humanos, (especialmente habitantes de los países más empobrecidos).
- En cuanto al impulso a la corresponsabilidad, si bien tras el Concilio Vaticano II se fue desarrollando una participación cada vez más consciente y corresponsable de los laicos, en la actualidad se observan datos que se empeñan en poner un techo demasiado bajo para un laicado mayor de edad. El test de autenticidad de todas las afirmaciones sobre la igualdad fundamental que nace del bautismo, lo encontraremos en la decisión con que la Iglesia impulse la corresponsabilidad y la ministerialidad laical.

Nueva edición escolar

La Biblia. Historias de Dios

Un libro que te acompañará siempre



FORMATO COMPACTO

TAPA FLEXIBLE

Joaquín M^a García de Dios
María Menéndez-Ponte

Con ilustraciones de Rocío Martínez y Teresa Novoa

354 pp. 16 €

En este libro encontrarás los mejores relatos del Antiguo y Nuevo Testamento. Están escritos con palabras sencillas y acompañados de ilustraciones fascinantes. Cuentan la vida de personas como tú, que un día se encuentran con Dios y viven historias llenas de aventuras, de viajes, de amistad... En el fondo, todas son historias de amor. Historias de Dios.

Además, en las páginas finales podrás visitar los lugares por donde pasaron Jesús y sus antepasados. También conocerás cuáles eran sus costumbres, qué comían, cómo se vestían y muchas cosas más.

Próxima aparición
GUÍA DIDÁCTICA